



14 de febrero de 1892

## Prepararse para la cuaresma mediante la fidelidad a los tres votos

### *Santa María Eugenia de Jesús*

Queridas hermanas,

Estamos en un tiempo que debe disponernos para la Cuaresma. En las antiguas Órdenes Religiosas comienzan ya las austeridades. Nosotras no podemos imitarlas en esto, pues bastante tenemos con cuidar nuestra salud para cumplir el trabajo que nos corresponde aquí en la tierra. Por eso, no será por medio de austeridades, ayunos o mortificaciones como nos prepararemos para la Cuaresma. Os propongo más bien que examinemos con atención lo que cada una pudiera tener que reprocharse respecto a los tres votos.

Comienzo por el voto de pobreza, porque es fácil apartarse un poco de él. Lo sé por experiencia: es difícil mantenerse siempre en el camino más estricto y absoluto del voto de pobreza. Sin embargo, este voto nos obliga tanto como los otros dos. Debemos cuidar de no tener nada como propio, ni siquiera un pequeño ahorro. A veces las familias de las hermanas les dan dinero para los sellos de sus cartas; es justo que quienes reciben nuestras cartas nos proporcionen sellos. Pero convertir eso en una pequeña propiedad personal, o cambiar los sellos por dinero para uso propio, es totalmente contrario al voto de pobreza. Desde el momento en que se hace el voto, ya no se dispone de nada como propio; es como si se estuviera muerto a toda posesión.

Cuando se necesita algo, debe pedirse a la autoridad, a quienes tienen el encargo de proporcionarnos lo necesario. La Regla de san Agustín dice: *Todas las cosas deben ponerse perfectamente en común y se distribuirán a cada una según lo que necesite*<sup>1</sup>.

Fijaos bien: *según la necesidad que se tenga*, ya sea para la salud — y aquí es importante discernir bien lo que realmente se necesita —, o para un breviario, un libro de oración. Pero incluso esos mismos libros que usamos no deben considerarse propiedad personal.

En cuanto al voto de obediencia, también puede haber pequeñas faltas que nos aparten de él y que conviene reconocer.

Respecto a la castidad, no quiero suponer ninguna falta grave; estoy convencida de que, en lo que se refiere a modestia, delicadeza y fidelidad en guardar el corazón, nadie tiene nada serio que reprocharse. Sin embargo, os recomiendo vigilar un punto importante: el desapego de toda criatura para conservar una fidelidad perfecta a nuestro Señor. El amor debe ser delicado y puro. Es bueno desear conocer más profundamente las cosas de Dios y anhelar una unión más íntima con Él; ese deseo es legítimo. Pero si hay momentos en

---

<sup>1</sup> Regla de San Agustín, capítulos *Del amor a Dios y al prójimo, de la unión de corazones y de la comunidad de bienes y Del cuidado del bien común*

que Dios parece retirarse y deja al alma en el abandono o la soledad, hay que esperar con paciencia el momento de Dios. Que cada una haga lo posible por recogerse y buscar a Dios dentro de sí. Que permanezca fiel a la oración. Que no se deje llevar por apegos desordenados a las criaturas, sino que se desprenda de ellos para encontrar al Señor.

Ese deseo de hallar a nuestro Señor en lo más profundo del alma es algo que os animo a cultivar. Y os exhorto también a perseverar en la oración, sobre todo en los momentos en que os sintáis más abandonadas por Dios y más tentadas a distraeros con cosas exteriores.